

# Ni exclusivo ni excluyente

Alejandro Medina



Image not found.

## Capítulo 1

Nuestra *cita* de lunes a jueves consistía en encontrarnos en el jardín Santos Degollado a las ocho de la noche. Nunca era puntual la hora del encuentro. Por lo regular yo llegaba diez minutos tarde o Arantxa se retardaba cinco otras veces, de cualquier manera nos encontrábamos invariablemente en este punto después de la hora de salida de nuestros respectivos empleos, tras lo cual nos dirigíamos a Chinatown a cenar y rematábamos la *cita* en la planta alta del café situado en la esquina de López y Ayuntamiento, donde permanecíamos el tiempo que duran dos tazas de americano y un par de rebanadas de tarta antes de retirarnos a casa a descansar. Caminábamos sin apuro, sorbiendo y saboreando el ritmo de la calle. De vez en cuando hacíamos escala en la plaza de San Juan para andar entre las jardineras. A Arantxa le gustaba que le repitiera las historias de cuando siendo yo muy niño me cagué en mitad de la misa en la parroquia del Buen Tono y la ocasión que me metí corriendo por la entrada principal de la XEW. Vivíamos juntos en el edificio de departamentos de la esquina de Ayuntamiento y Luis Moya. Bajo otras circunstancias habría sido imposible para los dos conseguir un lugar en dicho edificio por el elevado coste del alquiler, sin embargo, gracias a que la dueña es madrina de comunión de mi mamá pudimos obtener el departamento en renta congelada. Arantxa labora como vendedora en una librería frente al Hemiciclo a Juárez y yo soy corrector de pruebas en una pequeña editorial ubicada muy cerca de la Ciudadela, y con ambos sueldos nos apañábamos con los gastos. No vivíamos como príncipes, pero tampoco supimos de estrecheces.

Mi empleo es de lunes a viernes, Arantxa descansa entre semana. Conforme su tope de ventas es como se define su día de descanso; ella sabe cómo sacar agua de las piedras, por lo que su lugar en el cuadro de vendedores nunca ha estado por debajo de los primeros tres y su descanso casi siempre es el día viernes, ocasión que aprovechaba para dejar la cama hasta pasado el mediodía, leer alguna novela de nuestro librero común, y se iba a casa de su mamá —que vive en las Acacias— a pasar la tarde con ella, y en la noche pasaba a recogerme a la editorial y nos íbamos a cenar en algún restorán de la calle Álvaro Obregón, nos metíamos en foros o bares con música en vivo, y terminábamos llegando a casa cerca de las tres de la mañana.

Funcionábamos como pareja. Nos costó varios disgustos y desencuentros momentáneos encontrar el punto exacto en donde podíamos convivir como dos personas que se relacionan para formar un algo, y ese algo consistía en entender que aun siendo pareja cada uno de nosotros es un ente con una vida y un mundo aparte, una autonomía tan valiosa como la vida en común. A mí me complacía sobremanera prepararle sus comidas predilectas, ella me enseñó a bailar, y con el tiempo aprendí que si mientras duerme se cubre por completo una oreja con la mano es señal

de que está teniendo un mal sueño, y hay que tomarla por los brazos para tranquilizarla. De igual forma, conforme la relación iba madurando comenzamos a bosquejar la posibilidad de la llegada de un nuevo integrante a nuestra naciente familia.

Aquel sábado nos levantamos de la cama juntos, nos duchamos, tomamos desayuno frugal y la acompañé a la librería. Me gustaba verla caminar, irradiaba un extra de luz a un día de por sí iluminado. Llegamos al local y aún no estaba abierto, pero ya todos los empleados aguardaban reunidos la apertura. La abracé para despedirme y ella me sujetó más fuerte que de costumbre, me dio un beso en la mejilla y me dijo: «Ven, que te presento». Me llevó hacia un grupito de cuatro personas: tres mujeres y un hombre. En cuanto nos vieron (o mejor dicho, en cuanto vieron a Arantxa) llegar, las chicas se retiraron con el gesto adusto.

—Novio, él es Josep, mi jefe. Jefe, éste es Riquelme Rodríguez, mi novio.

Estreché la mano del jefe, y en cuanto sentí el contacto un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Me despedí de Arantxa y del sujeto y volví a casa.

En las pocas calles del camino de regreso sentí una sensación muy rara, una sensación como de que algo muy malo estaba por ocurrir en ese instante o durante el transcurso del día. Llegué a casa y me cercioré de que las llaves del gas estuviesen perfectamente cerradas. Cambié el foco del baño porque últimamente presentaba intermitencias, no fuera a ser que hiciera corto circuito. Busqué por todos los rincones del departamento sin saber bien qué debía buscar, y como no encontré nada me puse a lavar los pisos, las ventanas y el baño.

No sé en qué momento me quedé dormido en el sofá de la sala, pero cuando desperté eran las cinco de la tarde. Me di una rápida ducha y salí a la calle a caminar un poco. Aún arrastraba aquella sensación desagradable, y para intentar olvidarla por un rato fui donde Chito Vera, mi amigo de toda la vida.

Chío, *roomie* de Chito, fue quien salió a abrirme la puerta de la calle. Veían lucha libre en la televisión y sobre la mesa estaban dispersas algunas botellas de cerveza. Fue Chío quién me sirvió en un tarro que bebí de un solo trago sin que me supiera a algo aquel líquido oscuro. Chito ni cuenta se dio por estar atento a su pantalla. Ella misma rellenó mi tarro diligentemente, y mientras lo hacía me dijo: «¿Te encuentras bien?», yo asentí con la cabeza y bebí de nuevo, sólo que en esta ocasión sentí la amargura de la cerveza, entonces me di cuenta de que ya me encontraba un poco más calmado.

Aprovechando una pausa comercial Chito se incorporó de su asiento y dijo que debía ir por más cerveza a la tienda. Saqué dinero de mi billetera y le

encargué un paquete de Delicados sin filtro y una botella de agua.

—¡Ya! Si quieres te presto dinero para unos cigarros más decentitos, mano —me dijo Chito.

—Sólo tráeme lo que te pedí, ¿sí? —le respondí.

Tan luego como escuchó cerrarse la puerta de la calle Chío se levantó de la mesa, fue a la cocina y regresó con una jarra de agua, me sirvió en un vaso y esperó a que terminara de beber. Me miraba como con condescendencia.

—¿Ya no quieres cerveza, verdad? —dijo.

Negué con la cabeza, tras lo cual tomó el tarro y lo llevó a la cocina. Volvió cargando un pequeño tazón repleto de cacahuates japoneses.

—¿Qué ocurre? —dijo tras tomar asiento en su lugar.

—¿Qué ocurre con qué?

—No lo sé, tú dime. Estás un poco raro. Puedo notarlo.

—¿Tratas de reprocharme algo?

—De ninguna manera, Riquelme. Te conozco muy bien y sé que algo te pasa. Dímelo.

—¡Es que no puedo decirte nada porque no sé a qué te refieres!

—Mira, no quise decirte nada hace un rato, pero ahorita que Chito no está te lo voy a decir: estás muy pálido y tienes la mirada perdida. ¿Qué pasa, Riquelme?

—¡No me pasa nada, en serio! Es sólo que desde la mañana traigo una sensación aquí en el pecho, así como un presagio de que algo muy malo va a ocurrir, en qué momento no lo sé, pero sucederá.

—¿Peleaste con Arantxa?

—No, para nada. Esta mañana la acompañé hasta su trabajo y me presentó con un tipo, no recuerdo su nombre, pero es el jefe del personal.

En el momento de decir esto Chío dejó a medio viaje su mano con cacahuates, los devolvió al tazón, se limpió los labios y se puso más seria

de lo que ya estaba.

—¿Notaste algo *raro*?

—No. Pero fíjate que cuando estreché la mano de ese sujeto sentí un escalofrío, y desde entonces tengo esta como angustia, inquietud o qué sé yo.

Chío se puso más nerviosa. Se levantó de la mesa, caminó en círculos frente a la pecera y luego llamó desde el teléfono fijo al celular de Chito.

—Sí sí, trata de tardarte lo más posible. No pasa nada, sólo trata de volver a casa lo más tarde que puedas. Y no te olvides de los cigarros de Riquelme, los va a necesitar —fue lo que alcancé a escucharle decir.

Volvió a sentarse conmigo en la mesa, se sirvió un vaso de agua y lo bebió completo de un solo trago, después cerró los ojos para tranquilizarse. Yo la observaba sin decir nada.

—Bien. Te juro que nunca quise decirte esto que estoy a punto de contarte porque quería protegerte, pero te hago más daño si no te lo digo. Eres mi amigo, nuestro amigo, y por eso debes saber la verdad.

—Oye, comienzas a espantarme.

—Será mejor que empiece de una vez. Y no me interrumpas, por favor, para acabar de una puñetera vez con todo esto. O tal vez no haga sino comenzar, todo depende de cómo lo mires.

Y me lo contó todo de principio a fin.

\* \* \*

Chito Vera se cansó de reírse de mí en cuanto terminé de instalarme en su departamento ridículamente pequeño. Se cansó de burlarse y decirme: «¡Ya ves, buey!». Chío lo miraba con ojos punzantes. Yo, aunque lo haya querido, no pude replicarle nada.

—Oye, Chito —dijo Chío en tono muy serio—, hazme un favor y ve a la calle de El Salvador a conseguirme una cremallera para mi vestido negro y otro para el color pistache. Fíjate bien, menso, porque luego las dependientas te dan lo que les da la gana y tú ni en cuenta; te fijas bien que sean de diente fino. Luego te pasas a La Risa y traes un litro de pulque natural y dos curados de los que quieras y los pagas tú. ¡Pero muévete, papacito, que las cremallera las quiero hoy!

Aún con un poco de risa Chito entró en su habitación —la única del departamento y dividida con tablaroca para hacerle espacio a Chío— y

salió vestido con playera deportiva, bermudas y gafas de sol, como las que utilizan los beisbolistas.

—Oye, cariño, ¿tienes hambre? —me preguntó Chío.

Negué con la cabeza.

—Debes comer algo. Seguro que en todo el día no has probado bocado.

—Da igual. Tengo hecho un lío el estómago.

—Me lo imagino. Pero debes hacer un esfuerzo. Se me ocurre que en este mismo momento voy a conseguir comida china, ¿te apetece?

—Sí. Oye, Chito, te encargo unos Luckie's y dos botellas de agua, por favor.

—¡Vaya! Hasta que te dignas a comprar cigarros de catego, mano —dijo Chito mientras tomaba el billete de doscientos pesos que le extendí—. Y agua. ¡Ya deja de tragar tanta agua! Es tan mala que hasta la bendicen.

—¡Ya deja de decir tantas estupideces! —intervino Chío, y a empellones dirigió a Chito hacia la puerta del departamento—. Tú ni caso, cariño, ya sabes que éste dice y hace barbaridades.

—Pero si tiene toda la razón —contesté yo.

—¡Qué razón ni la madre que lo parió! Mira, Riquelme, son las cinco de la tarde, regresamos a más tardar a las siete para darte tiempo a solas, y ya en la noche platicamos bien tú y yo, ¿vale?

—Está bien.

—Voy a dejar cerrado por fuera. No es que piense que vayas a cometer una locura, porque no eres de ese tipo, sólo quédate aquí y descansa, que te va a venir muy bien. En la alacena hay botellas de agua, por si quieres beber. Y si tienes cigarros y quieres fumar, por favor, hazlo en la zotehuela, ya ves que éste será muy bruto para algunas cosas, pero es muy delicado con sus muebles. Nos vemos al rato.

—No te preocupes, Chío, todo está bien. Y gracias otra vez

—Nos vemos.

Mientras cerraban la puerta del departamento por fuera alcancé a escuchar la forma en que Chío reñía a Chito por su actuación:

—Te dije mil veces que no hicieras eso. En lugar de hacerlo sentirse mejor lo empeoras. Eres un animal —le dijo.

\* \* \*

Para explicar de forma sencilla y práctica una pregunta de una compañera sobre cómo funciona el dolor en el organismo humano, una maestra de biología general del bachillerato hizo una exposición sucinta y fabulosa que me dejó marcado de por vida:

—El dolor, como el cuerpo, entre otras características tiene anatomía, fisiología y patología. Como recordarán, la anatomía explica cómo se construye el cuerpo, la fisiología cómo funciona y la patología cómo se destruye.

Todo comenzó aquel sábado cuando Chío me contó lo que por varias semanas me ocultó *para no hacerme daño*. ¿Y en qué consistía aquello de lo que yo debía estar «a salvo»? En que Arantxa jugaba en simultáneas: mientras vivíamos juntos sostenía una relación afectiva en paralelo conmigo y con su jefe, el sujeto que me presentó y de cuyo nombre no puedo ni quiero acordarme. Por esa confesión le retiré el habla a Chío hasta hace apenas tres días en que, bastante avergonzado, me vi en la necesidad de pedirle asilo a Chito, no sin antes ofrecer disculpas a la amiga que siempre dijo la verdad. De a poco fui conociendo y viviendo en carne propia la realidad.

La primera señal que tuve sucedió el sábado posterior a lo declarado por Chío. Estábamos invitados a la cena con motivo del cumpleaños de la mamá de Arantxa, para lo cual ella pidió permiso de salir una hora antes de la librería, pues debíamos estar en punto de las siete de la tarde en la casa de las Acacias. Yo llegué a la avenida Juárez a las cinco y treinta, llevaba envueltos en una bolsa de papel de estraza uno de sus finísimos y elegantes vestidos de *boutique*, las zapatillas de diseñador que se compró con su tercer sueldo y su collar de plata de Taxco que le compré en una feria de artesanos en San Ángel. Para no hacer larga la espera fui a lustrarme los zapatos con un bolero de ahí cerca. Mientras el señor acometía con ímpetu mi calzado fue contándome parte de su vida, pero, siendo sinceros, no puse demasiada atención en la plática porque llevaba una semana de por sí complicada por toda la información que Chío me proporcionó, y tenía la cabeza hecha un completo hervidero de dudas. Sólo reparé en la última frase del señor cuando había terminado su trabajo, que me pareció muy significativa:

—Así es, patrón. Mucha gente es capaz de venderle su alma al diablo pa tener lo que sea, pero son pocos los que se atreven a comprársela y salir airoso. Míreme usted, yo me atreví a comprarle el alma al diablo y ya ve en lo que acabé. Ni modo, así es la vida. Pero mientras haiga vida y salú

lo demás sale sobrando, ¿o qué, no?

Esa noche, entre la cena, la sobremesa y un poco de baile la reunión culminó pasada la media noche, y Arantxa quiso quedarse a dormir en la que fue su habitación hasta antes de venir a vivir al Centro conmigo. Por un trauma experimentado en la infancia me cuesta mucho trabajo conciliar el sueño en casa ajena, sin embargo, en las Acacias este trauma lo sobrellevo de la mejor manera, pues si bien no caigo dormido por completo, los ratitos que duermo son de mucho provecho. Durante uno de los intervalos en que me tocó estar despierto sentí cómo Arantxa se deslizaba muy suavemente de la cama para no despertarme, tomó su teléfono celular del buró de noche y se posó frente a la ventana para atender la llamada que estaba entrando en ese instante.

—Sí, aquí sigo. Sí, estoy con él y está durmiendo, no sabes lo guapo que está mientras duerme. Oye, si te pones así ya mismo cuelgo. Ya hemos hablado de esto y creo que ha quedado muy claro: ni exclusivo ni excluyente, ¿no es así? No todavía no se lo he dicho a él, en cuanto encuentre el momento indicado lo haré. Mira, no me da la gana ir a trabajar hoy, voy a quedarme aquí con mi mamá todo el día. Sí, y con él. Óyeme, estás poniéndote muy pesado, te veo el lunes. Adiós.

Fue la primera vez en toda mi vida que escuché lo de *ni exclusivo ni excluyente*. Arantxa salió de la habitación y regresó con una botella de agua, bebió un trago considerable mirando la calle desde su ventana y luego volvió a la cama. Al sentir el movimiento hice gestos como de estar despertando; me senté en el colchón, la abracé por la cintura, nos dimos un largo beso en la boca y luego le pedí un poco de su agua. En cuanto terminé de beber comenzamos a platicar.

—Te escuché hablar por teléfono —empecé diciendo—. ¿Quién era?

—Mi jefe. Todavía está en la tienda.

—¿A esta hora? Son las cuatro y media de la mañana.

—Sí, le dije que es un pesado por llamar a esta hora. Están inventariando.

—¿Y qué quería?

—Me pidió apoyo. Pretendía que yo llegue a la librería a las seis de la mañana para acabar con el inventario antes de la hora de apertura.

—Pero si lo han hecho otras veces, no sé por qué te llama a ti y a esta hora.

—Se lo dije, pero ya, ni al caso. Además, creo que está medio tomado, se le oye en la voz.

—Pues qué tipo tan inoportuno.

—Ya sé. Y para que se le quite le dije que hoy no voy a trabajar, no me da la gana. Nos quedamos aquí tú y yo todo el día.

—¿No se enoja tu mamá?

—¡Qué va! Ella encantada. Si hasta quiere que dejemos de alquilar el departamento y vengamos a vivir aquí.

—Es una buena idea.

—Sí. Por lo mientras volvamos a dormir. No sabes cuánto me gusta verte dormir.

Se acurrucó contra mi pecho y fue quedándose dormida poco a poco. La breve conversación fue tan fluida y tan natural que casi le creo la versión que me contó sobre la llamada. Ya no pude pegar los ojos el resto de la madrugada. Sin saberlo, esa noche le había comprado el alma al diablo.

\* \* \*

—¿Tú que piensas sobre el amor libre? Quiero decir, sobre una persona que es capaz de mantener una relación amorosa con dos personas a la vez. Déjame ponértelo de este modo: alguien que tiene una pareja estable de pronto encuentra a otra persona por la que siente, digamos, un cariño muy especial, y al poco tiempo termina vinculándose con ella pero no quiere ni tiene intenciones de separarse de su pareja original porque a los dos los ama con la misma intensidad. Aquí el asunto no podría manejarse como una infidelidad puesto que las tres partes lo han hablado y han acordado experimentar una relación de este tipo. ¿Qué piensas sobre algo así, Riquelme?

—No lo sé. La verdad es que me tomas descolocado.

—Sólo dime qué piensas así de bote pronto.

—Pues así como acabas de decírmelo suena tan fácil y tan genial, pero habría que ver qué es lo que piensa realmente cada una de las tres partes. A lo mejor una de ellas se calla muchas cosas para vivir en armonía. No creo que sea tan fácil aceptar entrar en una relación de ese tipo.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que el tema aquí no es la infidelidad en sí, sino la lealtad. Eso ya se ve muy poco ahora.

—Explícame más porque no acabo de entender.

—En un juego de tres bandas, por más que todo esté consensuado y las reglas estén bien establecidas, siempre, pero siempre, hay una que sale sobrando o perdiendo. Deberías saberlo.

—No lo creo. Pero bueno, sería muy bueno platicar más a fondo sobre esto, ¿no crees?

—Tal vez.

\* \* \*

—Hay gente que nace con insensibilidad cogénita, esto es, que prácticamente son inmunes al dolor, y son casos muy raros. El dolor puede verse como una herramienta de aprendizaje. Pongamos por caso un niño que enciende un fósforo y por curiosidad lo apaga con sus dedos; el niño llorará porque al manipular el fuego con sus dedos se quema. En otra ocasión que tenga delante suyo un fósforo encendido, gracias a la experiencia previa, entenderá que el fuego no se apaga con los dedos: va a evitar el dolor.

\* \* \*

Las llamadas en mitad de la madrugada se convirtieron en una constante. Tal vez Arantxa pensaría que yo no me daba cuenta porque siempre atendía las llamadas sentada en el borde de nuestra cama. En una noche que me desperté para ir al sanitario ella ni se inmutó, siguió platicando como si yo no estuviese escuchando nada; prodigaba mimos, cariños y palabritas de amor a su interlocutor. Cuando volví a la cama colgó el teléfono, le pregunté con quién había platicado y ella, tan natural, me respondió que con Baptiste, su amigo gay. Precisamente fue en casa de Baptiste donde el juego quedó al descubierto y sus reglas bastante claras.

Su nombre verdadero es Juan Bautista, mas cuando se reconoció homosexual quiso que todo de su personalidad se correspondiera con su nueva identidad. Al momento de elegir un nombre que sonase más cosmopolita no se le ocurrió otra cosa que traducir su nombre al francés Jean-Baptiste, pero para el que considera su círculo más íntimo es Baptiste, nada más. Suele organizar asiduas fiestas en su casa sita en

Chimalistac.

Aquella fiesta fue en jueves. Arantxa y yo llegamos a Chimalistac cerca de las diez de la noche. Había mucha gente que no conocía y veía por primera vez. En medio del ruido de la música y del gentío nos pusimos a bailar un *dance* británico. De pronto ella sintió la vibración de su teléfono, lo observó y salió a la terraza a contestar. Me quedé solo un instante bebiendo un vodkatónic y bailando en la amplia estancia, que para efectos fue acondicionada como pista de baile. La música y la bebida estaban relajándome cuando sentí unas manos que me tomaron por los hombros y en un movimiento firme me dieron media vuelta: era Baptiste, que me saludó con doble beso en las mejillas. Me preguntó por Arantxa y luego, sin más, nos pusimos a bailar. Recordé sus continuas llamadas nocturnas y no resistí la tentación de preguntarle la razón de hablar diario por teléfono a deshoras. Habría esperado cualquier tipo de respuesta, sin embargo, la que me dio me dejó completamente estupefacto:

—¡Ay, no, corazón! ¿Cómo crees que yo voy a andar teniendo tiempo de hablar por teléfono con tu chica en las noches, si diario me la paso de fiesta en fiesta?

Cerca de la media noche alguien le trajo un recado a Arantxa y ella salió corriendo hacia la entrada de la casa. Regresó acompañada de su jefe, a quien invitó a la fiesta de Baptiste. Quizá por el efecto del alcohol que hasta esa hora llevaba consumido fue que la presencia de ese sujeto en Chimalistac no me haya incomodado en absoluto. A Arantxa se la notaba más feliz que nunca teniéndonos a ambos en el mismo lugar.

La atmósfera de la fiesta fue transformándose con el transcurrir de las horas. Regados por toda la casa estaban la mayoría de los asistentes, algunos colocados hasta el tope de jaco, otros tantos embotados de alcohol. En la pista algunos otros intentaban torpemente moverse al ritmo de la música. Alguien puso *Cherry Hill* de fondo y entonces, con un movimiento cadencioso, Arantxa se puso en medio de su jefe y yo y comenzó a bailar sensualmente; primero se puso frente a mí, rodeó mi cuello con sus brazos y me besó, luego dio media vuelta e hizo la misma operación con su jefe, así estuvo intercalándonos el tiempo que duró la canción.

Cuando la música dejó de sonar me llevó de la mano hacia la terraza. Afuera no hacía frío, pero soplaba un viento fresco. No hizo preámbulos ni buscó rodeos; me tomó de las manos, y mirándome a los ojos, dijo:

—Hace mucho quería que lo supieras. Quiero a mi jefe, los quiero a los dos. Quiero también que entiendas que no soy ni de uno ni de otro. Soy feliz teniéndolos a los dos conmigo. No quiero celos, no quiero dramas,

Riquelme. Ni exclusiva ni excluyente, ¿de acuerdo?

\* \* \*

—El dolor, aunque indeseable, tiene una razón de ser, y es la de alertar al organismo sobre algo que está funcionando mal en el cuerpo. Fíjense, muchachos, cómo el cuerpo humano es una maravilla de la naturaleza. Cuando se lastiman un pie o se machucan un dedo al instante es muy doloroso, y pasado un rato la molestia disminuye o desaparece, pero no es algo que ocurre como por arte de magia, sino que nuestro organismo tiene la capacidad de producir opioides endógenos que viajan hacia la zona afectada para estimularla y hacer desaparecer el impacto del dolor.

\* \* \*

Nada en nuestra relación cambió, todo seguía igual como hasta entonces. Incluso, puedo afirmar que Arantxa se mostraba más cariñosa, más libre, más feliz, más plena. Sin embargo, aunque pude adaptarme al tipo de relación que se me propuso, de alguna forma sentía que algo dentro de mí hizo implosión y estaba desmoronándose muy lentamente. Sentía la necesidad de palticarlo con alguien. Quise recurrir a Chío, pero sentía mucha vergüenza de presentarme así como así en el departamento de Chito luego del número que monté el día que se me reveló la verdad.

Durante un rato libre que tuvimos en el trabajo le pedí a Sarita Florezcano, la diseñadora gráfica de la editorial, me acompañara a dar un garbeo para despejarnos de tanta carga laboral que teníamos por esos días. Caminamos hasta San Juan de Letrán, compramos mangos en el mercado y nos sentamos en la plaza de Las Vizcaínas a comerlos. No me sentí con la suficiente confianza de expresarle mi sentir a Sarita y platicamos sobre otras cosas.

Regresamos a la editorial por Arcos de Belén. No recuerdo qué fue lo que llamó la atención de Sarita del lado del Registro Civil, pero se detuvo, me señaló el punto y yo volteé a ver, sólo que en lugar de observar lo indicado vi a Arantxa y a su jefe sentados en una banquita frente a la Escuela Libre de Derecho, besándose. Tal vez Sarita los vio también, y quizá por respeto, o lástima, no dijo nada. Esa noche en casa no pude dormir.

\* \* \*

Hacía tiempo que a Arantxa se le antojaban los limones cristalizados y unas morelianas, así que este pasado martes, tomando el tiempo de mi hora de comida, eché una carrera a La Merced para comprar los dulces.

Hice todo tan rápido en la ida que me sobró suficiente tiempo como para regresar caminando al trabajo. Crucé el Anillo de Circunvalación para

echar un vistazo más de cerca a la capilla del Señor de la Humildad. Miraba detalles de la arquitectura del lugar cuando den pronto vi salir a Arantxa y su jefe del hotel Universal con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro de ambos. Ahí decidí que el experimento del triángulo de amor bizarro había terminado definitivamente. Es por eso que hace tres días, tomando de igual forma el tiempo de la hora de mi comida, vine al departamento de Chito para pedirle asilo sin mayores explicaciones y también para ofrecer disculpas a Chío.

El día de ayer Arantxa no visitó a su mamá en las Acacias, se quedó todo el día en el departamento, y a la noche que regresé de la editorial cenamos una pasta a la bolognesa que preparó (tiene manos de santa en lo que se refiere a la preparación de alimentos) y bebimos un Rioja que compró en La Europea. Nos acostamos temprano y platicamos un rato más en la cama.

—¿Qué harías si un día me voy de esta casa? —le pregunté.

—Si tuvieras una buena razón para hacerlo y me convence, lo aceptaría sin reclamar.

—¿Pero qué harías?

—Pues me pondría muy triste. Yo también tendría que irme de aquí. No aguantaría esta casa sin ti. Regresaría con mi mamá.

—Pero te quedaría él. ¿No lo traerías a vivir aquí?

—No es lo mismo, Riquelme. A él lo quiero, pero no sería lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque ustedes dos son personas muy distintas entre sí. Me gusta pasar tiempo con él, pero no me veo haciendo una vida como la que tengo junto a ti.

—¿Todavía te acuerdas de la primera noche que pasamos juntos?

—¡Cómo voy a olvidarlo! Fue un completo desastre para ambos. Nunca voy a olvidar el hotel Antillas en mi vida. Estábamos muy nerviosos, tú pensando que ese hotel era muy poca cosa para mí, yo que era mucho para lo que íbamos a hacer. Fue muy bonito que mi primera vez haya sido contigo en ese lugar.

—Sin embargo...

—¿Sin embargo qué, Riquelme? ¿Por qué me preguntas qué haría yo si te

vas de aquí?

—Sólo fue una idea que me vino repentinamente.

—Las ideas nunca vienen solas.

—Esta sí.

—Cuando el río suena...

—A río revuelto, ganancia de pescadores.

—¿Qué tienes, Riquelme? Te siento raro esta noche.

—Estoy muy cansado.

—¿De qué?

—Del trabajo. He tenido unos días muy pesados, esta semana particularmente. No he podido dormir muy bien, además.

—Y no me dices nada. ¿Por qué?

—Para no echarte a perder tus días con mis problemas.

—No lo haces, yo quiero saber lo que te pasa. Ven, abrázame, vamos a dormir así. No me sueltes en toda la noche, ¿sí? No sé qué haría sin ti.

Hoy en la mañana la acompañé a la librería y ya estaba abierta cuando llegamos. Se despidió de mí con un corto y rápido beso en los labios y entró corriendo al local. Esa es la última imagen que tendré de Arantxa.

Regresé al departamento y empaqué mis libros, mi ropa y mis discos, y escribí una carta explicando las razones por las cuales ya no puedo seguir sosteniendo este vínculo tan destructivo para mí (seguramente, con el pasar de los días mis razones la convencerán). Hice limpieza general al departamento, le dejé preparado un salpicón de pollo, su plato favorito; me metí a bañar y esperé a que dieran las cuatro con veinte minutos de la tarde, hora en que bajé mis cosas a la calle y abordé un taxi que me trajo al departamento de Chito Vera.

Tal vez, cuando Arantxa se canse de experimentar, y si para entonces ella aún lo quiere, trataremos de retomar nuestra vida como pareja. Por mientras, yo busco desintoxicarme de todo lo ocurrido en estos meses. Por supuesto que yo haré mi parte también analizando las fallas que haya cometido para haber llegado a esta situación tan desgastante.

\* \* \*

—Se nos acabó la hora de clase, chicos, pero antes de que se vayan déjenme hacer esta reflexión: si sentir dolor los pone felices es muy probable que luego se lo causen intencionalmente, lo cual sin duda sería un problema, porque a la larga puede hacerles mucho daño. Nos vemos pasado mañana, muchachos. Sean felices.